

EL SECRETO DE LAS PIEDRAS

IGNACIO BERMEJO MARTÍNEZ

Título: El secreto de las piedras

Autor: © Ignacio Bermejo Martínez

I.S.B.N.: 84-8454-333-1

Depósito legal: A-199-2004

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 63

C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87

C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

“Lo que la mente del hombre puede concebir y creer,
la mente del hombre lo puede lograr,
porque cuando hay fe en el futuro,
hay fuerza en el presente”

Anónimo

“No rechaces los sueños por ser sueños,
todos los sueños pueden ser realidad,
si el sueño no se acaba la realidad es un sueño”

Pedro Salinas (Largo lamento)

A María del Carmen,
porque sólo ella conoce en verdad
mis sueños y la fuerza de mi fe.

Agradecimiento:

 Mi más sincero agradecimiento a Ricardo Ballester, Úrsula Perona, Isabel María Reina, Arturo Vela y Lourdes Riquelme por su colaboración y paciencia, por haber estado ahí para solventar mis dudas y por animarme y escucharme en todo momento.

CAPÍTULO 1

El sol se había levantado brillante y fuerte sobre las piedras gastadas del claustro. En el centro del patio, las lozas enormes de pizarra gris se empezaban a calentar, secándose del relente frío de la noche. En el aire se extendía un agradable y fresco aroma a flores. Flores que crecían alegres, vigorosas, sembradas abundantemente con esmero por los arriates de los extremos, muy bien cuidadas por manos primorosas.

Los frailes salían en fila de la capilla tras su misa matutina periódica. Todos se levantaban con el crepúsculo cada día y en ayunas comulgaban, antes que nada. Una campana pequeña y vieja repicaba sin parar, muy vivaracha, congregando a los religiosos en el comedor, para desayunar tras recibir el sacramento, formando un escándalo impropio en aquel lugar, asustando incluso a los pajarillos que hasta entonces habían estado revoloteando por las copas de los árboles, ajenos a todo, inmersos en su paraíso terrenal, de donde jamás fueron expulsados.

Abelardo era el último de la fila. Era el más joven de todos. Probablemente no habría cumplido aún los treinta años, aunque debía faltarle poco. Vestía un hábito de acólito, color blanco, immaculado. Él no era todavía sacerdote, pero por poco tiempo, pues ese mismo día el padre prior de la Comunidad le había comunicado en la homilía de la misa que pronto sería por fin ordenado, posiblemente a finales de mes, si toda la parafernalia burocrática necesaria para ello se desarrollaba correctamente, desenvolviéndose tal y como debía hacerlo, sin mayores inconvenientes.

Él se había criado allí, entre las paredes robustas y frías de aquel edificio antiguo, bajo los cuidados, siempre atentos, de su tutor, un hombre en apariencia noble y bonachón, a quien quería como si fuera su propio padre. A éste, a su propio

padre, según le había contado un pariente lejano que lo visitaba de tarde en tarde, lo fusilaron en la guerra civil, aproximadamente sobre el año treinta y nueve, cuando él sólo contaba con dos meses de vida a lo sumo. Lo único que sabía, es que, por lo visto, una noche se presentaron en su casa y se lo llevaron, montándolo con otros hombres en la parte trasera de una furgoneta. Era periodista y escritor, aunque no pudo encontrar ninguna obra suya publicada, ni siquiera en los listados de libros descatalogados de las bibliotecas, por más que lo intentó. Con la Guerra civil se perdieron muchos libros. Los quemaban hasta el último ejemplar publicado, tratando de aniquilar ciertas ideas y lo más lamentable, también a ciertas personas, los autores, legítimos propietarios de las ideas condenadas a desaparecer, gente inteligente, intelectuales que sólo habían cometido el delito de oponerse o simplemente discrepar con lo que estaba ocurriendo. Su padre se despidió de su familia para siempre, desde la puerta, el día que se lo llevaron, pues sabía que no volvería jamás. Al pobre no le dio tiempo para más cosas. Abelardo era entonces demasiado pequeño, un bebé casi recién nacido, un niño de “teta” aún para poder recordar nada de aquella noche trágica que marcó el resto de su existencia.

De su madre sabía aún menos. Según este mismo familiar lejano que de vez en cuando lo visitaba, un día desapareció también del pueblo y no se conoció más de ella. No sabían si se marchó huyendo de la tragedia y de su soledad o si sufrió algún percance dramático, lo cierto es que jamás se volvió a saber nada, absolutamente nada de ella. Le contaba este pariente que era una mujer muy bella. Una joven morena y alegre, a la que recordaba siempre feliz, salvo los últimos días, en los que las circunstancias arrancaron de su cara su perenne sonrisa. Su desaparición era un misterio que seguía levantando ampollas en la poca familia que aún quedaba con vida, pues aquella joven entonces era una mujer muy cabal y juiciosa, demasiado responsable y madura para abandonar a su libre albedrío a un hijo recién nacido, indefenso por tanto para luchar por sí solo y subsistir.

En cierta forma se consolaban pensando que eso mismo había ocurrido con otras tantas mujeres en el pueblo, cinco para ser exactos, con la única particularidad curiosísima en todos los casos, de que siempre se trataba de jóvenes viudas, víctimas también ellas de una guerra que les era ajena y de la que nada sabían, salvo que se estaban enfrentando hermanos contra hermanos, amigos contra amigos, hijos contra padres, un pueblo contra el mismo pueblo, en un enfrentamiento ilógico que los estaba llevando a todos a la locura. El miedo era algo que emergía de la tierra como las plantas. La desconfianza fue enraizándose en los corazones de la gente, cada vez más cautelosa y callada. Se refugiaban en las miradas, algunas veces frías, otras ausentes, otras perdidas, otras de complicidad llenas de mensajes furtivos dentro de esa selva de armas, otras de sumisión vergonzosa de indignidad patente y reconocida, que es la mayor indignidad posible, la indignidad que uno reconoce como propia sin revelarse. Los ojos sustituyeron a las bocas y las miradas a las palabras, pues estas se apagaban en los corazones y no salían al aire desde las gargantas cerradas como pozos ciegos. “En bocas cerradas no entran moscas” –decían unos- “Ver, oír y callar”-pensaban otros- con el único propósito, todos ellos, de subsistir, de salvar la integridad de sus cuerpos en peligro, dentro de una guerra malvada que nadie quería, donde las palabras dolían, donde hablar a veces costaba la propia vida.

La historia se repitió varias veces. Una noche, los militares venían por el marido, se lo llevaban y lo fusilaban, acusado por un dedo delator invisible, de sabe Dios qué delito imperdonable y, algunos meses más tarde, desaparecía de forma misteriosa su mujer. Hasta cinco veces ocurrió y en las cinco, curiosamente, matrimonios efemos, casi recién casados, sin hijos o a lo sumo uno, como en el caso de la familia de Abelardo. Eran todas mujeres jóvenes, que desaparecían como si la tierra se las hubiera tragado, pero el miedo, la desorganización y el caos social existente en el treinta y nueve, impedía ninguna denuncia de lo que estaba pasando. Todo el mundo se resignaba callado a cargar con las desgracias que les caían encima,

asumiéndolas como el sino irrenunciable de sus propios destinos, como una cruz pesada en cuyo madero, tarde o temprano debían morir clavados, pues a ello estaban condenados. Nadie alzaba la voz, el valor era algo achacable sólo a los militares que morían en el campo de batalla. A la población civil, a la mayoría de la gente que les tocó vivir en ese tiempo de desolación y miedo, simplemente se lo habían extirpado, como a sus lenguas, ocultas dentro de sus bocas cerradas, mutiladas para el ejercicio de hablar.

Fue recogido por alguna alma caritativa, que compadeciéndose posiblemente de los gritos desgarrados de una criatura abandonada y hambrienta, lo entregó en el seminario y allí los curas y los frailes se hicieron cargo de él. Fray Francisco concretamente fue designado por el prelado como su tutor, por su manifiesto carácter simpático y su devoción demostrada en años por los niños pequeños. Él mismo había solicitado para sí dicha responsabilidad, rogando, suplicando casi que le encomendaran la crianza de aquel niño desamparado y perdido, sin familia, que alguien había depositado sobre el escalón de mármol en la entrada del convento. Desde entonces se encargó de sus cuidados y de su educación, tareas estas que siempre desempeñó con desmesurado amor, tanto casi, como si realmente hubiera sido su padre biológico, aunque sólo lo fuera putativo.

Él había recibido la noticia de su ordenación como un gran logro que coronaba toda una vida de entrega y esfuerzo. Llevaba años dedicándose a sus estudios de teología y pensaba que ya se encontraba lo suficientemente preparado como para poder ejercer de párroco en alguna iglesia de cualquier pueblo, o como profesor de religión en algún instituto de bachiller. Estaba convencido de que ésa era su verdadera vocación. Sentía en su interior eso que los religiosos califican como “la llamada de Dios”, una voz suave y cálida que a la vez es lo suficientemente poderosa como para arrastrarte a un destino de entrega, así que ese día se sentía especialmente feliz. Pronto sería uno más en la congregación, y podría participar con voz y

voto dentro de las reuniones y las Juntas en el claustro, lo que anhelaba desde sus años de adolescencia.

En el desayuno, fray Francisco se tomó ese día la libertad, inusual en cualquiera de los que formaban parte de aquella congregación de religiosos, de levantarse y pedir con el máximo respeto, ante el Prioste, que se brindara por el nuevo abate, lo que fue aceptado con una alegría similar, por el revuelo que se formó, a la que mantenía la campana bulliciosa del comedor, que aún no había cesado de repicar.

Tras unas palabras de felicitación por parte del padre prior, fray Francisco no pudo soslayar la emoción del momento y rompiendo la austeridad sentimental y emocional distintiva y propia de la orden, se acercó hasta el muchacho y lo estrechó contra su pecho en una muestra de cariño efusivo, igualmente infrecuente en él. Siempre fue muy bueno, muy comprensivo y cariñoso, lo que demostraba en su delicado trato. Parecía tener una paciencia infinita, pues jamás se enfadaba, pero tampoco mostraba sus sentimientos con caricias u otros gestos de naturaleza más humana. Decía que acariciar los cuerpos era mundano. -Las caricias sólo reconfortaban la carne, y el hombre ha de anhelar el bienestar del alma, no el del cuerpo terrenal que terminaría, como está escrito, volviendo al polvo de donde proviene.- Era teórico, pragmático, y tremendamente estricto a la vez que un buen padre, comprensivo, amable y cariñoso, pero a su forma.

El resto de eclesiásticos aplaudieron con respeto y comedida alegría. En aquella congregación de franciscanos eran muy dados a realizar pormenorizados estudios, principalmente teológicos, propios de la doctrina o sobre la vida de los santos y también a meditaciones profundas sobre lo bueno y lo malo, sobre lo correcto y lo incorrecto, sobre el pecado, sobre el cielo y el infierno, sobre la fe de los hombres, de donde nutrían sus pláticas casi interminables que siempre le interesaron tanto y tanto le gustaba oír. El verdadero sentido de todos ellos era sus propias vidas, unas vidas dedicadas a la contemplación princi-

palmente, a la oración, al estudio y a la búsqueda constante de la santidad. En el fondo era lo que todos anhelaban. Por eso estaban allí, por un tremendo amor al prójimo y a Dios, tan intenso, que sólo vivían con la esperanza de disfrutar algún día en el futuro en su divina presencia.

De no ser por la extremada palidez de su piel, Abelardo bien hubiera podido pasar por ser un chico normal de su tiempo. *-Estaba más blanco que la nalga de una monja-*, había quien le decía, mofándose de él cuando salía del convento para integrarse en la vida seglar del pueblo y conocerla, lo que ocurría en contadas ocasiones, pues normalmente vivía recluso cual si fuera un fraile más.

Solía vestir a menudo ropa tejana cuando esto ocurría. Cuando salía, lo hacía principalmente para ir al cine. Era un cinéfilo empedernido, especialmente le encantaban las películas americanas de Humprey Bogart, personaje al que admiraba por su dura masculinidad, valor para enfrentarse a los gángsteres con los que se desenvolvía y relacionaba en sus películas e inteligencia para siempre salir airoso de sus escabrosos asuntos. Estaba incluso enamorado de “La Flaca”, mujer en cuyas formas femeninas se habría perdido tal y como le ocurría a su mito cinematográfico cada vez que la besaba y dicho beso no era sacrificado por la tijera de la censura. Solía imitarlo cuando era un chaval, dejando en sus labios caer los lapiceros como hacía el actor con los cigarrillos tal cual.

Le encantaban también las películas de vaqueros y en sus juegos de más niño, siempre imaginaba ser el “muchachito”, lógicamente americano y obviamente el bueno siempre de la película. Solía jugar a ser “Bonanza” o “Willy el Niño”, haciendo malabarismo con el revólver de plástico cromado entre sus dedos menudos, girándolo con habilidad inusual, más ligero que las aspas del molino antiguo que estaba por el Camino de Cruz, donde se seguía moliendo el trigo. No se enteró hasta casi veinte años más tarde, de que en la realidad los buenos no eran los vaqueros ni los yanquis americanos, sino

los pobres indios indefensos, a los que exterminaron en un genocidio histórico que quedó para siempre sin juzgar, por el hecho de expulsarlos de una tierra que les pertenecía. Un genocidio lamentable del que los españoles tenían mucho que decir.

Si no iba más al cine, era fundamentalmente por dos motivos: el primero era que para ir, dependía de las limosnas que le daban en el convento. Corrían malos tiempos para todo lo religioso y no siempre sobraban aquellas monedas para poder gastarlas en su afición, y el segundo es que no soportaba el “NODO”, aquel documental gris amarillento, en el que se publicitaba el Régimen, enumerando principalmente cada domingo el sinfín de presas y pantanos que Franco construía por doquier. Todas las semanas inauguraba el Caudillo un pantano distinto. Al margen de eso, servía igualmente para informar a la población del vencedor de la vuelta ciclista o de los títulos obtenidos por el Real Madrid, principalmente los de títulos de liga y de las Copas de Europa.

Algo bueno sí que tenía, así suele ser casi siempre en la vida, no todo es malo, malo, ni tampoco bueno, bueno. Todo tiene sus cosas negativas y positivas y eso ocurría con el “NODO”, que al menos servía para aburrir a las “carabinas”, que se dormían antes de empezar la película, liberando a las parejas de su molesta compañía, y permitiéndoles dedicarse con holgura y comodidad a sus quehaceres prematrimoniales de besuqueos y manoteos clandestinos y prohibidos, tan en boga en los cines, sobre todo en las filas de sillas de la parte de atrás. -“Estos no se han enterado de que va la película”- decían al verlos salir del cine, morados de haberse pegado el lote.

Al margen de su piel extremadamente blanca, Abelardo era un chico que pasaba incluso por ser atractivo, tal como lo fue su madre. Tenía el pelo moreno y largo y los ojos verdes. El pelo lo llevaba hasta los hombros más o menos, formándole media melena, y los frailes bromeaban con él diciéndole que si no se afeitaba la perilla de la barba pronto, terminaría pareciéndose al mismísimo Jesús de Nazaret. Era más o menos

alto, aunque no demasiado. Casi llegaba al metro ochenta, pero se quedó en el casi, sin llegar del todo. Nunca fue glotón, más bien se podría afirmar que todo lo contrario, habiendo dado incluso más de un disgusto al bueno de fray Francisco con eso de las comidas cuando era pequeño. Era delgado de constitución. Los curas opinaban que incluso demasiado. Los fines de semana, cuando salía vestido de calle para ir al cine, más que un seminarista, parecía un novillero dispuesto a tomar la alternativa en una corrida con picadores.

No es que fuera amante de bares y discotecas, esencialmente porque desde que sufrió una lamentable neumonía que casi se lo lleva por delante, odiaba el humo del tabaco, pues desde la enfermedad le costaba respirar en los ambientes cargados. Le molestaba el olor a tabaco que se adhería a sus ropas, apestandolas, pero alguna que otra vez entraba en esos lugares para tomarse una copa, fascinado por la música “yeye” y el “rock and roll”, que sí le encantaba. Bailaba como los demás chicos, con movimientos extraños que más bien parecían convulsiones, lo que hacía en aquellos lugares hasta que se rendía de tanto ejercicio corporal al ritmo de músicas modernas.

Incluso había entrado acompañado de fray Francisco, pues éste, aunque hombre un tanto parco para las manifestaciones afectuosas, era en el fondo muy tolerante y un poco dicharachero y aventurero de espíritu, aunque no era aquél el verdadero motivo que lo indujo a entrar en aquellos “antros de perdición y lujuria”, como los calificaba bromeando con Abelardo. Si entraba en esos lugares lo hacía bajo su responsabilidad de padre, tratando de conocer el ambiente donde se desenvolvía su hijo, queriéndolo controlar, como hubiera hecho cualquier otro. Cuando lo hacía, no demasiadas veces, es la verdad, conspiraba con el chaval para que no contara en el convento que habían entrado en esos lugares, pues sabía que los frailes, sobre todo los más viejos, no lo entenderían por su mentalidad arcaica y un poco reprimida.

Fue en una de esas incursiones en la discoteca, donde conoció a quienes a partir de entonces serían sus mejores amigos. Sus mejores y únicos amigos sería más correcto decir. Eran Pepe Reyes, un joven mayor que él, soltero, que aunque trabajaba en una factoría como montador mecánico, era un gran apasionado de la investigación histórica, por lo que pasaba gran parte de su tiempo libre, perdido por los archivos públicos, bien de ayuntamientos, bien de iglesias e incluso del mismo Obispado, buscando siempre curiosidades con las que cultivarse, principalmente datos que versaran sobre la historia de la ciudad donde vivía, o sobre las hermandades y cofradías más antiguas que canónicamente estaban en ella erigidas, con la intención de escribir algún día un libro. Según contaba, le encantaba que lo llamaran “El mata leyendas”, sobrenombre que le dieron en algunos lugares por descubrir datos en la historia que desvelaban el por qué de algunas leyendas, aclarando sus orígenes y corrigiéndolas de la desvirtuación que con el tiempo habían sufrido, recolocándolas en su verdadero contexto, con todo su sentido. Algunas no lo tenían y así lo demostraba y dejaban por tanto de ser leyendas. La otra persona era Teresa. Teresa era una chica moderna, estudiante de Geografía e Historia, amiga también de Pepe Reyes. De hecho fue él quien se la presentó. Ella se calificaba a sí misma de agnóstica y roja, sin ningún tipo de pudor ni miedo, dado los tiempos que corrían, y detractora de la iglesia por lo que representaba de opresión e hipocresía y, por supuesto, contraria total a los curas, aunque respetaba a Abelardo, de quien opinaba que era ante todo una excelente persona con el único defecto de querer ser uno de ellos.

Los tres formaban un trío curioso, cuanto menos llamativo, pero a pesar de ser personas muy distintas, se llevaban a las mil maravillas y se lo pasaban muy bien juntos, bien hablando de historia principalmente, bien simplemente bailando, contoneándose como vampiros esquizofrénicos u oyendo música de esa rara que dolía en los oídos por lo estridente que era.

Una de las primeras veces que habló con Pepe Reyes, éste lo fascinó narrándole que había descubierto en uno de esos archivos un documento con al menos doscientos años de antigüedad, que probaba la existencia de la Hermandad de San Antonio. En la actualidad dicha asociación religiosa no existía, al menos Abelardo nada sabía de ella, pero según su recién conocido amigo, debió de existir a mediados del siglo dieciocho, en una capilla que por lo visto estuvo ubicada al otro lado del río, tras pasar el puente, por donde se salía y se entraba en la ciudad, a los pies mismos de la carretera.

Había pasado por allí infinidad de veces y era cierto que entre las edificaciones de aquel lugar, se intuía una construcción más noble que el resto, que bien habría podido ser antaño esa capilla a la que aquel muchacho aficionado a la historia se refería. Bien mirado y no empleando para ello demasiada imaginación, realmente aquel edificio parecía una iglesia, a juzgar por su curiosa arquitectura, sus altos muros de sillares de piedra ostionera cincelados, formando grandes cuadrados, hoy casi descarnados y desnudos, y su clásica planta de cruz, más insinuada que verdaderamente conservada.

El siguiente fin de semana, cuando se tomó la tarde libre del sábado para salir, en vez de pasear o ir al cine, caminó hasta aquel lugar del que habían hablado para observar la antigua construcción y comprobar que era tal y como creía recordar, pero al llegar al puente no fue capaz de cruzarlo y acercarse, pues aunque ciertamente parecía haber sido una iglesia, hoy por hoy era un burdel y así se dejaba claramente de manifiesto con su brillante y llamativa luz roja encendida, colgada de la fachada en un lugar bien visible, alumbrando de mala manera un carcomido cartel metálico donde se podía leer “Pub el Marinero”

Pepe Reyes le había intrigado con la noticia de aquella hermandad. Ahora quería saber más, mucho más. De tener éste razón, sería lamentable que aquel edificio se hubiera degenerado tanto como para terminar siendo un local destinado

a tamaña ocupación vulgar, despreciable e indigna para la condición humana. Trataba de imaginar como podría haber ocurrido una cosa así. No alcanzaba a entender como una iglesia había podido terminar siendo un burdel. La historia, a veces, esconde secretos bajo las piedras mudas, secretos enterrados, secretos muertos que nos ocultan la verdad, secretos como el que se traía entre manos, o como el de su propio padre, o el peor de todos, como el de la desaparición para siempre de su madre. Estos dos últimos secretos, tan ocultos y olvidados en el tiempo, habían incluso dejado de ser secretos para convertirse en misterios. Misterios insondables, afilados como cuchillos que le arañaban y le lastimaban el alma cada vez que pensaba en ellos y se veía impotente, incapaz de darles una solución o al menos de encontrar una luz, por minúscula que fuera, que le hiciera entender aquello.

Sabía que resolver el secreto de aquel edificio, de lo que allí ocurrió, le resultaría relativamente fácil, pues no sería tan difícil como el misterio de sus padres y era lógico pensar que tratándose de un simple edificio, bastaba con pedir una nota simple para empezar a conocer a quién pertenecía realmente y, a partir de entonces, ir andando hacia atrás, investigando en los archivos existentes. Para ello era fundamental la colaboración de su amigo Pepe Reyes y la de Teresa. Quizás fuera ese el motivo que afianzó tanto aquella reciente amistad entre los tres, aunque en honor a la verdad hay que decir que al menos Abelardo no era un hombre interesado. Nunca lo fue. Más bien todo lo contrario. Era una persona muy generosa, tanto, que la generosidad en él más que una virtud se convertía, por su exceso, en un defecto de su personalidad. En cuanto a Pepe Reyes y a Teresa, no es que no fueran igualmente personas tan generosas como él, también lo eran a su forma, pero al menos tenían la sapiencia normal de personas criadas en la calle. No eran tan inocentes como un joven criado al amparo de los muros de un convento.

Al regresar caminando aquella noche en la que le propuso a Pepe Reyes y a Teresa la idea de investigar sobre el te-

ma de la Hermandad de San Antonio y su capilla, convertida hoy en burdel, jugaba a imaginar su interior en la actualidad. Lo imaginaba con sus pensamientos, iluminado escasamente por una luctuosa luz que sólo permitía, de mala gana, presentir más que ver, los cuerpos semidesnudos de las mujeres dispuestas allí para pecar. Conjeturaba mil posibilidades distintas, mil presentimientos y mil suposiciones sobre aquel corrupto lugar, tan lastimero, que le era difícil situar en su interior ningún altar y menos la imagen de un santo tan eminente como lo fue San Antonio.

Estaba dispuesto, con la ayuda de sus amigos, a desvelar el secreto que lo intrigaba y, de ser cierto que antaño fuera un templo, a tratar de recuperarlo para la iglesia y restablecer la dignidad que le era propia a un lugar sagrado como ese debió de ser, profanado en la actualidad por el pecado terrenal y humano de la lujuria y la avaricia.

Quería hacer algo grande, algo práctico, algo que realmente valiera la pena y sirviera a la sociedad a la que quería servir como miembro activo y útil.

CAPÍTULO 2

La factoría donde trabajaba Pepe Reyes era extraordinariamente grande, tanto que para desplazarse de un taller a otro necesitaba una bicicleta. Aquella empresa se dedicaba a una actividad empresarial muy conflictiva laboralmente hablando, concretamente a la fabricación de buques de gran tonelaje, industria condenada a su declive paulatino desde la apertura del Canal de Suez, una brillante idea del ingeniero francés Ferdinand de Lesseps, quien seguramente no pensó en ningún momento que, con su obra colosal, uniendo el Mediterráneo por su parte norte con el Mar Rojo por el este, separando los continentes de África y Asia, una misión más propia de Dios que de un hombre mortal, por muy ingeniero que fuera, estaba condenando prácticamente a la miseria al sur de Europa, con la implantación de nuevas rutas marinas, muchísimo más cortas y más seguras, y con la modernización en el diseño de nuevas naves, más ligeras y pequeñas, de menos costo de producción y más fácil fabricación. De no haber sido por las constantes inversiones a fondo perdido que venía haciendo el Régimen, con su política paternalista de “no-reconocimiento” de la situación de crisis, los astilleros éstos ya habrían cerrado, lo que hubiera supuesto, por otro lado, una hecatombe para la economía de la zona geográfica donde estaban, pues dependía en exclusiva de esa actividad industrial. Era una zona históricamente castigada y deprimida económicamente, pues sólo el sostenimiento de una empresa tan ruinosa, descapitalizaba al gobierno, que no se planteaba para nada seguir invirtiendo en mayores infraestructuras, así que no existían hospitales buenos, ni medios de comunicación, ni tantas otras cosas, por otro lado tan necesarias para eludir ese destino tan negro al que el insigne ingeniero francés y el momento de crisis estructural la estaban condenando.

Era lamentable contemplar impávido y a la vez impotente, el fenómeno social e histórico que debió de ser una re-

conversión y terminó finalmente siendo una catástrofe. *-Como un pez hambriento que pretendía saciar su voraz apetito comiéndose su propia cola y al morderse, descubrir que no puede seguir comiendo porque se hace daño a sí mismo-*. Algo similar a esto era lo que pasaba. Lo peor de todo era comprobar lo distinto que era el resto del país. Bastaba subir hacia el norte, apenas unos cientos de kilómetros para comprobar que todo era muchísimo mejor. Todo cambiaba, todo mejoraba en la medida en la que uno se va adentrando en el norte. Mejores carreteras, mejores restaurantes, mejores ciudades, y así una lista interminable que resumiré diciendo que en la medida en la que se subía, se podía comprobar como todo, o casi todo era mejor.

Lamentablemente estas diferencias sociales entre el norte y el sur, eran las propias de la historia de la humanidad. Siempre el norte ha estado por encima del sur y no sólo en cuanto a su posición geográfica se refiere.

Este mismo problema era el que estaba provocando el éxodo masivo de hombres desde Andalucía a Cataluña principalmente, persiguiendo el sueño de poder compartir los beneficios propios de un mundo mejor, un mundo más industrializado, más justo, más cómodo, un mundo donde se viviera de otra forma más equitativa. En las grandes ciudades, ciertamente, se vivía confinados en pequeños pisitos, amontonados unos encima de otros, escalando en altura hasta llegar casi al cielo. Además, las calles estaban llenándose de polución, de ruido y de miles de vehículos veloces y peligrosos que hacían toda una aventura del mero hecho de tener que cruzar una de esas modernas avenidas, pero también era cierto que allí disponían de luz eléctrica y agua corriente, incluso de un baño privado con retrete y ducha, sin necesidad de tener que compartirlo con el vecino del patio, como ocurría en el sur. En Cataluña, ser un trabajador de cualquier empresa, significaba ser un señor, tener derechos y depender de uno mismo, con su salario para llevar adelante la familia con la cara bien alta. En el sur era necesario, a parte de tener que trabajar para vivir, lamerle el

culo al señorío de turno. Aquí se seguía manteniendo la idea, anclada en otro tiempo, de obediencia, de servilismo total. Se seguía siendo más siervo que asalariado, era necesario estar constantemente moviendo la cola, porque eran ellos quienes seguían mandando sobre todas las cabezas, sin bajarse siquiera del caballo, aunque la cosa estaba cambiando y lo hacía a pasos agigantados, de forma imparable.

En el aire se presentía un cambio, una revolución callada que se avecinaba silenciosa. Había quien decía a hurtadillas que los americanos estaban ya preparados y dispuestos para invadir España una vez que el Caudillo muriese, y era obvio que eso estaba a punto de ocurrir. Franco era un hombre gastado, enfermo y tarde o temprano, al igual que un día nació, tendría que morir, como todos, pues eso era, quisiera él o no, ley de vida y contra ella nada podía, por más caudillo y dictador poderoso que fuera.

Otras voces más informadas, más preparadas, intelectuales de pro, sobre todo en la universidad, hablaban del restablecimiento de la democracia, e incluso algunas hablaban de la república. Realmente nadie sabía con exactitud qué era lo que deparaba el futuro. Lo que parecía improbable era que este régimen intolerante y dictatorial se prorrogara en la persona del Príncipe de Asturias, por ahora único heredero reconocido por Franco.

Pepe Reyes llevaba trabajando aproximadamente unos cinco años, los que justamente hacía que había terminado la Maestría en la Escuela Técnica Industrial para la formación de aprendices. Pepe Reyes no podía decir que su profesión le gustase, ni mucho menos, pero era una forma segura de ganarse un sueldo con el que vivir. La mayoría de sus amigos eran albañiles en las obras de construcciones de bloques de viviendas que engrandecían cada vez más a Barcelona o Madrid, profesión esta, por otro lado, muy cansina y mal mirada socialmente, aunque para nada mal remunerada, pues lo cierto era que

un buen albañil se podía hacer de oro, siempre que quisiera trabajar y fuera bueno en su oficio.

Al margen de trabajar en los astilleros o emigrar para hacerlo en las obras, sólo quedaba la posibilidad nefasta de ser camarero de bar o lo peor de todo, militar de oficio, algo que no deseaba nadie. -“El que vale, vale, y el que no para la Armada”- se solía afirmar en los pasillos de la facultad, entre los alumnos que podían estudiar.

Él se podía considerar un hombre de suerte, al menos relativa. Le hubiera encantado ser historiador de profesión, pero lamentablemente en aquella época en España no estudiaba quien quería, sino quien podía, y no podían muchos, esa era la pura verdad. Estudiar en España era un privilegio de pocos. Seguía siendo soltero, aunque ya le había echado el ojo a una chica con la que mantenía una relación más seria que con el resto y con quien no le importaría casarse incluso, de hecho había pensado últimamente mucho en esa posibilidad.

Había conocido a Abelardo tomando una copa en una discoteca y le cayó bien desde el principio. Abelardo le parecía un chico simpático, culto y de interesante conversación. Lo que más le agradaba de él, era su tendencia rebelde y antisocial, a pesar de ser un seminarista. Por su apariencia no lo hubiera deducido jamás. Abelardo, más bien hubiera pasado por ser un sindicalista, o un universitario de esos de la movida de mayo del sesenta y ocho francés, que estaba tan en boga. Engañaba a primera vista. Al principio, todo el que tratara de conocerlo, se equivocaba de todas, todas, pues aparentaba ser una cosa totalmente opuesta a lo que realmente era. Su temperamento comedido y recatado, nada decía de su espíritu apasionado y libre.

No recordaba bien como sucedió, lo cierto es que, desde aquella noche en la que hablaron por primera vez, sus encuentros se habían hecho cada vez más frecuentes, sobre todo a partir de que le regalara una fotocopia del legajo antiguo de la Hermandad de San Antonio que existió en la

la Hermandad de San Antonio que existió en la capilla ubicada a las afueras de la ciudad. Desde entonces Abelardo pareció tremendamente interesado en todo lo que concernía a dicho descubrimiento y con ello, lógicamente, se reforzó la amistad habida entre ambos, pues no paraba de preguntarle cosas al respecto, interesándose por conocer todos los detalles posibles.

Estaba también Teresa, la chica que lo asesoraba en sus descubrimientos con sus conocimientos de historia respecto a los documentos que iba encontrando por los archivos, encajándolos en los momentos históricos correspondientes a los que pertenecían, para traducirlos correctamente en su contexto adecuado. Ella le era de suma importancia para realizar aquel trabajo de investigador que le apasionaba. Fue ella quien le pidió que le presentara a Abelardo. Aquel chico tenía algo en la mirada que le atraía sobremanera, incluso se sintió muchísimo más interesada por él al enterarse de que era seminarista y de que pronto sería ordenado sacerdote. Para ella, desde ese momento, aunque jamás lo confesó a nadie, el hecho de conquistarlo se había convertido en un reto personal que estaba dispuesta a lograr, por más que se tuviera que esforzar.

Abelardo pidió a Pepe Reyes hacía unos días que siguiera hurgando en los archivos, buscando más información sobre la capilla del otro lado del río y de la Hermandad de San Antonio. De momento no había descubierto ningún otro documento importante, pero no se negó a colaborar con él, pues parecía tremendamente interesado y, de todas formas, rebuscar entre libros, escritos y pergaminos viejos le apasionaba como nada en la vida. El olor a polvo asentado de años y a humedad que desprendían los libros antiguos que extraía de las repisas de los archivos, interrumpiendo su descanso casi eterno, para interrogar el interior de sus páginas, lo respiraba cual especial perfume. Se embriagaba de dicho olor. Experimentaba una agradable sensación de euforia cuando abría aquellos legajos y lo escudriñaba con la vista leyéndolos con circunspección, tratando de airear sus ideas, sus secretos, sus noticias, sus mensajes.

También a Teresa le resultó apasionante la idea. Según le había comentado Abelardo, - donde antaño hubo una iglesia hoy había un prostíbulo y quería conseguir a toda costa, poder demostrar a través de localizar la correspondiente escritura pública de propiedad o documento similar, que aquel terreno era propiedad del Obispado, para restablecer la dignidad propia de aquella tierra santa, retirando de allí aquella actividad insultante para la definición del hombre como ser supremo de la creación-.

A Pepe Reyes no le molestaba tanto como a Abelardo la existencia del burdel, pero reconocía que los argumentos que le daba para seguir trabajando en la investigación, tenían suficiente peso como para convencerlo y motivarlo a colaborar. Estaba de acuerdo que luchar contra ese tipo de explotación sexual era hacer algo bueno, y el seminarista le caía bien, muy bien, así que no objetó nada en contra y aceptó finalmente seguir buscando más documentos que acompañaran y enriquecieran el argumento histórico que había comenzado a formarse con el primero hallado. No era tonto, ni si quiera un poco iluso; al contrario de lo que se pudiera pensar, disponía de una inteligencia innata que lo convertía en un hombre tremendamente sagaz. Él supo desde el primer momento que aceptar aquel reto no sólo significaba comprometerse a dedicar muchísimo tiempo buceando en los archivos, sino arriesgarse también a toparse de cara en un enfrentamiento, que pudiera ser incluso muy peligroso, con gentes de no demasiada buena calaña, mafias y bandas organizadas que no dudarían en matar, si ello fuera necesario.

No obstante, con ello, en cierta manera, revestía de importancia su afición y adquiriría notoriedad e importancia en el círculo social donde se movía, que aunque no era el único motivo que lo movía en la vida, tampoco le venía del todo mal en su afán de conseguir un cargo importante dentro del Consejo Local de Hermandades y Cofradías, lo que pretendía desde

hacía algún tiempo y le estaba resultando un poco complicado, debido a su corta edad aún para desempeñar dicho menester.

Había convenido con Abelardo que este pagaría la gasolina que se gastara en sus desplazamientos a la capital. Al menos era algo. Menos daba una piedra, aunque a decir verdad, no sabía como podría hacerlo, pues hasta el momento, siempre había sido él quien pagaba las copas que se tomaban, pues el seminarista parecía estar *“más seco que el ojo de una tuerta”*. En el fondo le daba igual que le pagase o no la gasolina, pues tampoco le hacía falta. Pudiera ser que al final descubriera ese documento importante que probara la propiedad de la Iglesia sobre aquella finca y lo mismo eso repercutiría positivamente en él, pues no dudaba que sería recompensado económicamente en su justa medida por parte del Obispado. Abelardo así se lo había dicho y creía a pies juntillas en su palabra porque en cierta forma era lógico pensarlo así.

De los métodos a seguir en la investigación no habían hablado. De eso se encargaría en exclusiva Teresa, en quien Abelardo había depositado toda la confianza. No en balde se dedicaría a esto profesionalmente en un futuro, pero a ella le movían otros intereses. Ella se sentía atraída profundamente por Abelardo, pero no se atrevía a confesar su amor, pues sabía que él era seminarista y tomaría pronto los hábitos y no quería asustarlo, así que optó por disfrazar su enamoramiento de una amistad desinteresada sin más, aunque alguna que otra vez este se hacía patente en el sonrojo inoportuno de su tez, o en el sudor abundante de sus manos por un nerviosismo extraño que experimentaba cada vez que lo tenía cerca.

La idea de colaborar en aquel proyecto le agradaba sobremanera, pues de esa forma podría compartir su tiempo. Le cautivaba la idea de poder estar junto a él, y aunque sabía que le estaba totalmente prohibido besarlo o acariciarlo, como una mujer hace con el hombre a quien ama y a quien se entrega, el hecho de tenerlo cerca le hacía sentirse melancólicamente feliz. Era una felicidad extraña, una felicidad taciturna que le dolía

en el alma como si fuera un pesar. Estar con Abelardo era como quien gusta de tomarse un trago de vino amargo. El placer y el amargor unidos para desembocar inevitablemente en la tragedia del ser bebido, en el caso del vino, de ser... no sabía qué comparación buscar, en su caso. Soñaba cada noche con ser amada por Abelardo, con despertarse enredada entre sus brazos. Deseaba entregarse a él, que le hiciera el amor, pero todos esos sueños, esos deseos eran sencillamente imposibles. Era una utopía inalcanzable a la que no estaba dispuesta a renunciar por nada del mundo hasta el último momento.

Cuando Pepe Reyes regaló a Abelardo aquel primer documento que originó toda la historia que nos ocupa, ella comprobó que realmente se trataba de un manuscrito oficial. Sabía que la técnica burocrática de la fecha, exigía que todo escrito debía de estar visado, al margen de por la firma original del Obispo de turno, por el sello estampado del Registrador de Entradas y su correspondiente número de protocolo y ese pergamino cumplía a rajatabla con dichos requisitos. Era posible que donde lo encontró, hubiera más documentos, así que regresaría allí con Pepe Reyes para realizar una búsqueda más concienzuda. Pensaba que todo sería muchísimo más fácil si conseguía descubrir cuál era el nombre con el que se conocía la ermita. De hecho sabía que si lograba desvelar aquel primer dato, todo lo demás resultaría muchísimo más fácil, pues seguramente habría expedientes y carpetas que contuvieran más información sobre la documentación que querían encontrar.

CAPÍTULO 3

La pequeña habitación de paredes encaladas, gruesas y frías, tenía los techos tan altos que resonaba su voz cada vez que hablaba, por bajito que lo hiciera. Muy alto, sobre la cabecera de la cama, una ventanita abierta, enrejada, por donde la luz del día entraba avisando agradable la llegada del amanecer. Había pocos muebles y todos muy rústicos y sencillos. En aquel lugar la austeridad adquiría la importancia de la filosofía, era una forma de vida. Una cama de madera virgen, sin tallar, sin pintar y sin ningún tipo de adorno adyacente, sobre la cual descansaba un colchón de espuma, recubierto de sábanas blancas entremetidas, que desprendían un agradable aroma a lavanda. Sábanas que parecían haber sido planchadas con estricto recato y obediencia, pues los pliegues rectos, marcados de forma exagerada, nos hablaban de la severidad moral de aquel lugar. El somier era un sencillo tablero de madera prensada. Entre el cabecero y la pequeña ventana, colgando de la blanca pared encalada, un crucifijo, igualmente sencillo, de madera también éste, del que colgaba un Cristo clavado por sus muñecas sangrantes, una imagen barroca de porcelana policromada que compró a precio de saldo en un anticuario, hacía algunos años. Enfrente una pequeña mesa que hacía las veces de escritorio, sobre la que apilados en estricto orden había colocados unos montoncitos de folios en blanco, un bolígrafo y unos lapiceros y algún cuaderno con pastas de cartón. Debajo de ella, una silla de madera de ronda y enea que crujía al sentarse, pareciendo que se iba a romper de un momento a otro. En el otro extremo de la habitación un pequeño lavabo de metal vidriado en blanco, una jarra con agua también de metal vidriado, dos vasos de cristal, un cepillo de dientes dentro de uno de éstos y pocas cosas más, si acaso una estantería de dos baldas de madera barnizada sobre la que tenía colocados algunos libros, de entre los que destacaban sobremanera tres de ellos: un diccionario enciclopédico, la novela de Ramón J. Sender “Réquiem por un campesino español” y una biblia en-

cuadernada en edición de lujo con ribetes dorados. Junto a la estantería, un perchero de cuatro brazos sobre el que colgó la ropa de calle de la que se acababa de desvestir.

Abelardo estaba de rodillas, sobre el suelo de ladrillo rojo, apoyado sobre la cama, contemplando el crucifijo, rezando las preces de rigor diarias que acostumbraba antes de dormir, tal y como hiciera desde que era niño, costumbre inculcada por su fraile tutor. Meditaba aquella noche, como siempre hacía, dándole gracias a Dios por la dicha que sentía en su interior e invocaba más fuerza para desarrollar su vocación plenamente, con todo lo que ello conllevaba. Quería entregarse al mundo en cuerpo y alma, servir a todos en un ejercicio de entrega total, en muestra del amor absoluto que lo impregnaba y que se moría de ganas por compartir con sus semejantes. Estaba ya dispuesto y preparado para beber el cáliz de su destino, tras alzarlo al cielo brindándoselo a Dios. Él siempre se sintió un vencedor, un luchador inexorable que no renunciaba nunca a nada. Sabía el lugar que tenía que ocupar en la vida y cuál era el papel que le había sido encomendado en el libro de su destino. Lucharía y pelearía lo que hiciera falta para llegar. Quería tener la conciencia limpia del deber cumplido. Se sentía bien cuando trabajaba entregando su esfuerzo como una ofrenda en pos de todos cara al Dios en quien tanto confiaba. Era un hombre tremendamente seguro de sí mismo. Esa seguridad manaba de su fuerte fe, donde se apoyaba con la certeza de poder mover montañas si quería. Estaba esperando a su tutor, a su padre como solía llamarlo. Cada noche lo visitaba en su dormitorio para cerciorarse de su bienestar y rezar juntos un padre nuestro y diez avemarías.

Las visitas entre frailes en el convento estaban rigurosas y reglamentariamente prohibidas y, a pesar de que no eran monjes de clausura, estaba prohibido también hablar entre ellos, sobre todo en los horarios establecidos para el descanso y la meditación, pero dicha norma se relajaba en el caso de Abelardo. A él lo seguían viendo como a un niño, un niño travieso aunque noble, que más de una vez se escapó para corretear por

los pasillos escandalizando con sus juegos. Su tutor lo seguía visitando cada noche y ahora sólo rezaban juntos, pues el chico ya era todo un mozalbete. Antaño, cuando era niño, lo arropaba dentro de la cama, abrigándolo y le contaba algún cuento, casi siempre referido a la vida de los Santos. Los que mejor se sabía eran los que narraban la vida y obra de Santa Teresa de Jesús y los de San Juan de la Cruz.

- Hola hijo, perdona que venga hoy tan tarde, pero el prior me ha entretenido- Le comentó fray Francisco tras pasar el umbral de la puerta de la habitación que estaba semiabierta, sin llamar.

- ¿Que tal está, padre? – Le preguntó el joven.

- Bien hijo, bien. Aunque un poco preocupado. Tardabas demasiado y temí que te hubiera pasado algo.

- Ya. Perdóneme. Es que me entretuve hablando con mis amigos.

- ¿Con el de los astilleros y la universitaria?

- Sí, con ellos precisamente he estado. Mire, padre, lo que me ha regalado Pepe.

- ¿Qué es esto?

- Es la copia de un documento fechado en la mitad del siglo dieciocho en el que se habla de que en una ermita que debió de haber en el margen izquierdo de la carretera, tras el puente, según se sale de la ciudad, existió por aquella fecha una Hermandad, la Hermandad de San Antonio concretamente, lo que me hace pensar que allí debió de existir por consiguiente una iglesia y creo que ella debió de erigirse en el edificio que hoy ocupa un burdel, lamentablemente- Al tiempo que iba narrando observaba como una extraña expresión sombría, hasta entonces jamás vista en el rostro de su tutor, se iba paulatinamente apoderando de todo su semblante.

- ¿Y que interés puede tener todo eso para ti? ¿Qué quieres demostrar? ¿Te has olvidado ya de lo que se te avecina? Debes de ser responsable, consecuente. Debes de estar centrado en lo que haces y dejarte de tonterías. Eres mayorcito para ese tipo de juegos. – Le increpó el tutor mostrando en el tono de su voz cierto desagrado.

Parecía enfadado, como si aquel descubrimiento le hubiera molestado. Esa era la primera vez en toda su vida que lo veía enfadarse. Hasta entonces, el temperamento del fraile siempre había sido como una balsa de aceite, sin altibajos, sin alteraciones, un monótono y aburrido transcurrir en las maneras tan propias en él, que definían su temperamento siempre afable. Abelardo se sintió un poco desconcertado por aquel cambio tan brusco. Pensaba que ciertamente no era tan importante lo que le había contado para que su tutor se enfadara de esa forma. No sabía si estaba dando, por fin, muestras de su condición humana o, simplemente, que estaba siendo castigado por haber cometido algún error que no alcanzaba a comprender, probablemente el haber llegado tarde y haberlo preocupado

- ¿Qué le pasa, padre? ¿Qué le sucede?- le preguntó en un tono apaciguador, tratando de limar la aspereza surgida.

- Que la Iglesia ha invertido mucho en ti, no sin sacrificio por parte de algunos, para que ahora me andes con tonterías de éstas. – lo que le dijo quitándole el papel de la mano y rompiéndoselo en trocitos, haciéndolo jirones.

- ¿Pero qué hace? Parece usted hoy otra persona, padre. Me está usted asustando. Jamás antes le había visto tan enfadado. Dígame, ¿qué es eso que tanto le molesta?, ¿qué es lo que he hecho tan mal que sea merecedor de este enfado de usted?

- Tú sí que me pareces otra persona a mí– le dijo el fraile. –Me estás decepcionando con ese empecinamiento tuyo por jugar a ser detective. Ya te estaba viendo venir con tantas idas y venidas. En la vida real no hay tiempo para este tipo de cosas. Mañana no saldrás. Mañana te quedarás preparándote para tu ordenación, a ver si esos dos comunistas se olvidan de ti y te dejan en paz para siempre.

- No se piense usted que yo sigo siendo un niño pequeño.

- Yo no me pienso nada. No pienso nada de nada. Soy tu tutor y me debes obediencia. Soy yo quien te gobierna y la única persona de este mundo que quiere el bien para ti. Hazme caso, olvídate de esa Hermandad y de esa Iglesia a las afueras de la ciudad. Olvídate de esos amigos que en nada te benefician. – terminó diciendo al tiempo que se retiraba dando un portazo

que resonó en todo el edificio. Aquella noche era la primera vez que no rezaban juntos desde que él tenía uso de razón.

A decir verdad, jamás lo había visto en ese estado tan frenético, casi encolerizado. Fue mencionarle la Hermandad de San Antonio y aquella Iglesia y endemoniarse como un poseído, tal como si se le hubiera disparado un resorte invisible dentro de su cerebro, como si se hubiera asustado al darse cuenta de que Abelardo había descubierto la Caja de Pandora y que de un momento a otro alcanzaría la llave que la abriría, desvelando sus secretos. Era obvio que allí pasaba algo, algo que desconocía, algo que no sabía, pero que con la actitud agresiva y asustadiza de su tutor, aún le impelia más su curiosidad. Fray Francisco no lo había dejado prácticamente ni hablar. En ese momento le pareció una persona totalmente desconocida, totalmente distinta de aquella otra que antaño, cuando era un niño, le cogía en su regazo y le daba la merienda con el mimo propio de una madre. Ese hombre tierno y cariñoso con quien rezaba cada noche y quien le cantaba las nanas más dulces. Ese hombre a quien le contaba todos, absolutamente todos sus secretos y en el que hasta entonces había confiando plenamente por entero. Su padre, no biológico, pero su padre al fin y al cabo, pues era quien lo había criado.

Le dejó marcharse sin más, no salió tras él. Dejó que se alejara por el pasillo, recorriéndolo con sus pasos grandes, en un andar agitado de fraile enfadado, casi corriendo con sus sandalias, hasta perderse, adentrándose en la penumbra. Estaba desconcertado y no entendía el por qué de aquella reacción tan ilógica. Al día siguiente, al salir de la misa, le pediría una explicación. De haber salido tras él en el pasillo, sólo habría conseguido incrementar su extraño enfado y alarmar al resto de la comunidad. Estaba convencido de que al día siguiente se habría tranquilizado y que le resultaría más fácil hablar con él, exigirle una explicación y llegado el caso hasta unas disculpas por su comportamiento irreverente y agresivo.

Se incorporó del suelo y se recostó sobre la cama. Sentía rabia por dentro. En ese momento hubiera querido escapar de aquel lugar que de repente había menguado, se había hecho pequeño, tanto como una jaula de jilguero. Deseaba escapar. En cierta medida se sentía defraudado por su tutor. Presentía como si éste lo hubiera abandonado, traicionando el cariño que le profesaba tal y como hiciera su madre hace años, pero en cierta forma sabía que tenía razón y debía de ser responsable. —No debería de seguir jugando. Tengo obligaciones que cumplir— Se dijo para sí, al tiempo que orando de nuevo, arrepentido de corazón de su odio momentáneo, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, se levantó temprano, como de costumbre, tan temprano que estaba completamente oscuro, no había amanecido aún. Tanto la habitación en la que estaba, como el pasillo a donde daba la puerta, como el claustro a donde desembocaba, estaban tan oscuros que parecían impenetrables, opacos en la oscuridad, pero no tenía más remedio que atravesarlos, profundizando en el frío mañanero y vencerlo, pues era el encargado de preparar la iglesia. Los fue recorriendo casi a tientas, sabiéndose el camino de memoria, hasta llegar a la capilla del convento, donde encendió las dos velas que, dentro de una tulipa de cristal, empezaron a parpadear con una llama azulada, casi exenta de humo, que impregnaba casi toda la capilla de luz, derramándola sobre el frío altar de piedra, haciéndolo más agradable. Aquel lugar olía a incienso quemado y en él, a pesar de la humedad, la soledad absoluta y el frío reinante, se respiraba una profunda paz, una paz espesa, una paz propia de los lugares sagrados.

Al buscar su sitio acostumbrado entre los bancos de madera del templo para sentarse, se cruzó con fray Francisco que entraba para la misa y trató de mirarle a la cara, pero éste rehusó su mirada. Era obvio que seguía enfadado. Abelardo en cambio estaba más sosegado. El descanso nocturno le permitió, si bien no entender todo lo que pasaba, sí adquirir nuevos bríos para asumirlo. Estaba convencido de que su tutor lo que-